

sus dedos en forma de huso, sus espaldas doradas, con la garganta cantada en el Cantar de los Cantares, con su cuello flexible y ligeramente curvado, con unas piernas de una elegancia adorable calzadas con medias de seda roja? Aquellos encantos, de una poesía verdaderamente oriental, eran realzados por el traje de chula, de rigor en nuestros teatros. Coralia hacía las delicias de la sala en la que todas las miradas estrechaban su talle bien sujeto por un corpiño y acariciaban su grupa andaluza, que imprimía torsiones lascivas á la falda. Hubo un momento en que Luciano, al ver representar á aquella criatura para él solo, sin preocuparse lo más mínimo de Camusot, puso el amor sensual por encima del amor puro, el goce por encima del deseo, y el demonio de la lujuria le inspiró pensamientos atroces. «Ignoro el amor que hay en la carne buena, en el buen vino, en los goces de la materia—se dijo.—He vivido más con el pensamiento que de hecho. El hombre que quiere pintarlo todo, debe conocerlo todo. He aquí mi primera comida fastuosa, mi primera orgía con un mundo extraño; ¿por qué no he de probar una vez esas delicias tan célebres en las que se arrojaban los grandes señores del siglo pasado viviendo con impuras? Aunque sólo fuera para transportarlas á las hermosas regiones del amor verdadero, ¿no es preciso conocer los goces, las perfecciones, los transportes, los recursos, las astucias del amor de las cortesanas y de las actrices? Después de todo, ¿no es eso la poesía de los sentidos? Hace dos meses, esas mujeres me parecían divinidades guardadas por dragones inabordables; he ahí una cuya belleza deja atrás á la de Florina, que yo envidiaba á Lousteau; ¿por qué no he de aprovecharme de su capricho, cuando los mayores señores compran con sus tesoros más ricos una noche á esas mujeres? Cuando ponen el pie en ese abismo, los embajadores no se preocupan de la víspera ni del día siguiente. Sería yo un necio queriendo tener más delicadeza que los príncipes, sobre todo no amando aún á ninguna.» Luciano no pensaba ya en Camusot. Después de haber manifestado á Lousteau el mayor asco por la más odiosa partición, caía en esta fosa, navegaba en un deseo, arrastrado por el jesuitismo de la pasión.

—Coralia está loca por usted—le dijo Lousteau entrando.—La belleza de usted, digna de los mármoles más ilustres de Grecia, hace un estrago horrible en bastidores.

Tiene usted mucha suerte, querido. A los diez y ocho años, Coralia podrá tener, dentro de unos días, sesenta mil francos anuales por su belleza. Aun es muy prudente. Vendida por su madre, hace tres años, por sesenta mil francos, aun no ha recogido más que sinsabores y busca la dicha. Entró en el teatro por desesperación, porque le cogió horror á de Marsay, su primer adquiridor; y al salir de la galera, porque fué abandonada muy pronto por el rey de los petimetres, ha encontrado á ese buen Camusot, á quien no quiere nada; pero como es un poder para ella, le sufre y se deja amar. Ha rechazado ya las proposiciones más brillantes, y se contenta con Camusot, que no la atormenta. Usted es, pues, su primer amor. ¡Oh! ha recibido un tiro en el corazón al verle, y Florina ha ido á aconsejarla á su palco, donde llora por la frialdad de usted. La obra va á hundirse, Coralia ya no sabe su papel ¡y adiós el contrato del Gimnasio que Camusot le preparaba!

—¡Bah! ¡pobre joven!...—dijo Luciano, que vió halagadas todas sus vanidades por aquellas palabras, y que sintió el corazón henchido de amor propio.—Querido, en una noche me suceden más acontecimientos que en los diez y ocho primeros años de mi vida.

Y Luciano contó sus amores con la señora de Bargetón, y su odio hacia el barón de Chatelet.

—Mire, el periódico carece de bestia negra, vamos áogerle. Ese barón es un hermoso del Imperio, es ministerial, nos va bien, le he visto con frecuencia en la Opera. Desde aquí veo su gran dama, está con mucha frecuencia en el palco de la marquesa de Espard. El barón hace la corte á su ex querida, un verdadero hueso. ¡Espere usted! Finot acaba de mandarme un recado para decirme que el periódico está sin *copie* (1), una mala pasada que le hace uno de nuestros redactores, un granuja, el pequeño Héctor Merlin, á quien le han suprimido un momio. Desesperado, Finot está redactando un artículo contra la Opera. Bueno, querido, haga la reseña de esta obra, escúchela, piénsela bien. Yo voy al despacho del director á meditar tres columnas acerca de su hombre y de su hermosa desdeñosa, que se rascarán de gusto mañana.

(1) *Copie*, en español *original*.

—¿Así es cómo y dónde se hace el periódico?— dijo Luciano.

—Siempre así—respondió Lousteau.—Desde hace año y medio que yo me dedico á él, el periódico está siempre sin copia á las ocho de la noche.

En lenguaje tipográfico, llámase *copia* al manuscrito para componer, sin duda porque los autores no se ven obligados á enviar más que la copia de sus escritos. Acaso también es una irónica traducción de la palabra latina *copia* (abundancia), pues la copia falta siempre!...

—El gran proyecto, que no se realizará nunca, es tener algunos números adelantados — continuó Lousteau. — Ya son las diez y aun no hay escrita ni una línea. Voy á decirles á Nathán y Vernou, para acabar brillantemente el número, que nos digan una veintena de epigramas contra los diputados, contra el canciller *Cruzoé*, contra los ministros y, si es necesario, contra nuestros amigos. En un caso así, hundiría uno á su padre, al igual que el corsario que carga los cañones con los escudos apresados para no morir. Sea usted ingenioso en su artículo, y habrá dado un gran paso en la opinión de Finot; es agradecido por cálculo, que es el mejor y el más sólido agradecimiento, después del monte de piedad!...

—¿Qué hombres son, pues, los periodistas?—exclamó Luciano.—¿De modo que es preciso sentarse á la mesa y tener ingenio?...

—Lo mismo que se enciende un quinqué... hasta que el aceite se acaba.

En aquel momento, Lousteau abrió la puerta del palco y entraron el director y Du Bruel.

—Caballero—dijo el autor de la obra á Luciano. — Déjeme usted que le diga de su parte á Coralía, que irá usted con ella después á cenar, ó mi obra se hunde. La pobre muchacha no sabe ya lo que dice ni lo que hace, llorará cuando tenga que reír, y reirá cuando tenga que llorar. Ya han silbado. Aun puede usted salvar la obra. Después de todo, no es ninguna desgracia el placer que le espera.

—Caballero, no acostumbro á tener rivales—respondió Luciano.

—No le repita usted esa frase á ella —exclamó el director mirando al autor. —Coralía es capaz de tirar á Camusot por la ventana, y se arruinaría con la mayor tranqui-

lidad. El digno propietario del Capullo de Oro le da dos mil francos mensuales á Coralía, y paga sus vestidos y su claue.

—Como la promesa de usted no me comprometa á nada, salvo su obra—dijo majestuosamente Luciano.

—Pero no adopte usted el aire de rechazar á esa encantadora muchacha—dijo el suplicante Du Bruel.

—Vamos, ¿conque es preciso que haga un artículo acerca de su obra y que sonría á la primera actriz? ¡seal—exclamó el poeta.

El autor desapareció, después de haber hecho una seña á Coralía, que trabajó desde entonces admirablemente. Bouffé, que hacía el papel de un alcalde anciano, en el que reveló por primera vez su talento para caracterizarse de viejo, salió al centro de la escena á decir, en medio de aplausos atronadores: «Señores, la obra que hemos tenido el honor de representar ante ustedes, es de los señores Raoul y de Cursy.»

—¡Toma! Nathán es uno de los autores—dijo Lousteau; —ya no me extraña su presencia.

—¡Coralía! ¡Coralía!—exclamó la sala sublevada.

Del palco donde estaban los dos negociantes, salió una voz de trueno, que gritó:

—¡Y Florinal!

—¡Florina y Coralía!—repitieron entonces algunas voces.

Alzóse el telón y apareció Bouffé con las dos actrices, á las que Matifat y Camusot echaron sendas coronas; Coralía recogió la suya y se la ofreció á Luciano. Para éste, aquellas dos horas pasadas en el teatro fueron como un sueño. A pesar de sus horrores, los bastidores habían comenzado la obra de aquella fascinación. Inocente aún, el poeta había respirado allí el viento del desorden y la atmósfera de la voluptuosidad. En aquellos sucios corredores llenos de máquinas y en los que humean quinqués aceitosos, reina una especie de peste que devora las almas. Allí la vida no es ya ni santa ni real. Se ríe de todas las cosas serias, y las más imposibles parecen verdaderas. Aquello fué una especie de narcótico para Luciano, y Coralía acabó de sumirle en una embriaguez alegre. Las arañas se apagaron. No quedaban en la sala más que unos trabajadores que metían un ruido singular quitando banquillos y cerrando palcos. Las candilejas, apagadas como si fuesen una sola luz, despedían

un olor infecto. El telón se levantó. Una linterna descendió de la bóveda. Los bomberos comenzaron su ronda con los mozos de servicio. El frío, el horror, la obscuridad, el vacío, sucedían á la espléndidez de la escena, al espectáculo de los palcos llenos de mujeres bonitas, á las deslumbrantes luces, á la espléndida magia de las decoraciones y de los vestidos brillantes. Aquello se hizo odioso.

—¿Te vienes, pequeño? — dijo Lousteau desde la escena. Luciano estaba sumido en un estupor indefinible.

—Salta del palco aquí—le gritó el periodista.

De un brinco, Luciano se encontró en el tablado. Apenas conoció á Florina y á Coralia que se habían cambiado de traje, envueltas en sus mantones y en dulletas comunes, las cabezas cubiertas con sendos sombreros y velo negro, semejantes, en fin, á mariposas dentro de sus larvas.

—¿Me hace usted el favor de darme su brazo?—le dijo Coralia temblando.

—Con mucho gusto—respondió Luciano, que sintió palpitante contra el suyo el corazón de la artista, como un pájaro recién cogido.

Estrechándose contra el poeta, la actriz tuvo la voluptuosidad de una gata que se frota contra la pierna de su dueño con un ardor suave.

—¡Vamos, pues, á cenar juntos! le dijo ella.

Salieron los cuatro y vieron dos fiacres á la puerta de los actores, que daba á la calle de los Fosos del Temple. Coralia hizo subir á Luciano en el coche, donde se hallaban ya Camusot y su suegro, el bonachón Cardot, y ofreció el cuarto lugar á Du Bruel. El director partió con Florina, Matifat y Lousteau.

—¡Estos fiacres son infames!—dijo Coralia.

—¿Por qué no tiene usted coche propio?—replicó Du Bruel.

—¿Por qué?—exclamó ella de mal humor—no quiero decirlo delante del señor Cardot, que sin duda ha contagiado su yerno. ¿Creerán ustedes que, pequeño y viejo como es, el señor Cardot sólo le da quinientos francos al mes á Florentina, lo preciso para pagar el alquiler, la comida y los zuecos? El viejo marqués de Rochegude, que tiene seiscientos mil libras de renta, me ofrece un cupé desde hace dos meses. Pero yo soy una artista y no una muchacha alegre.

—Tendrá usted un coche pasado mañana, señorita—dijo graciosamente Camusot;—pero usted no me lo había pedido nunca.

—¿Acaso se pide eso? ¿Acaso, cuando se quiere á una mujer, se la deja chapotear por el barro, con riesgo de romperse las piernas yendo á pie? Sólo á los caballeros del Aune les gusta ver barro en los bajos de una falda.

Mientras decía estas palabras con una acritud que destrozó el corazón de Camusot, Coralia tropezó con la pierna de Luciano y la apretó contra las suyas, mientras le cogía una mano y se la estrechaba. Entonces se calló y pareció concentrada en uno de esos goces infinitos que recompensan á esas pobres criaturas de todas sus penas pasadas y de sus desgracias, y que adquieren en su alma una poesía desconocida para las demás mujeres que carecen, afortunadamente, de esos violentos contrastes.

—Ha acabado usted por representar tan bien como la señorita Mars—dijo Du Bruel á Coralia.

—Sí—dijo Camusot,—la señorita, al principio, parecía inquieta; pero desde la mitad del segundo acto, ha estado sublime. Ha contribuído en una mitad al éxito de usted.

—Y yo en una mitad al suyo—dijo Du Bruel.

—Discuten ustedes en tonto—dijo ella con voz alterada.

La actriz se aprovechó de un momento de obscuridad para llevarse á los labios la mano de Luciano, y la besó mojóndola de lágrimas. Luciano se conmovió intensamente. La naturaleza de la cortesana enamorada lleva en sí magnificencias angelicales.

—Como el señor va á hacer la reseña—dijo Du Bruel dirigiéndose á Luciano,—puede hacer un encantador párrafo acerca de nuestra querida Coralia.

—¡Oh! háganos usted ese favor—dijo Camusot con voz suplicante á Luciano;—tendrá en mí un servidor agradecido siempre.

—Pero ¡dejen al señor su independencia!—exclamó la actriz furiosa;—escribiré lo que quiera. Papá Camusot, cómpreme usted coches y no elogios.

—Los tendrá usted muy baratos—respondió galantemente Luciano.—Nunca he escrito en los periódicos, no estoy al tanto de sus costumbres, tendrá usted la virginidad de mi pluma...

—Será gracioso eso—dijo Du Bruel.

—Ya estamos en la calle de Bondy—dijo el padre Camusot, á quien había aterrado la salida de Coralia.

—Si yo tengo las primicias de tu pluma, tú tendrás las de mi corazón—dijo Coralia durante el rápido momento en que quedó sola con Luciano en el coche.

Coralia fué á unirse con Florina en el dormitorio para coger el vestido que había enviado. Luciano no conocía el lujo que despliegan en casa de las actrices ó de sus queridas los negociantes enriquecidos que quieren gozar de la vida. Aunque Matifat, que no tenía una fortuna tan considerable como la de su amigo Camusot, había hecho las cosas bastante mezquinamente, Luciano quedó sorprendido al ver un comedor artísticamente adornado, tapizado de tela verde guardada de clavos de cabeza dorada, iluminado por hermosas lámparas, amueblado con jardineras llenas de flores, y un salón tapizado de seda amarilla realzada con adornos oscuros, donde resplandecían los muebles á la sazón de moda, una araña de Thomire y un tapiz persa. El reloj, los candelabros, la chimenea, todo era de buen gusto. Matifat lo había dejado todo al cuidado de Grindot, un joven arquitecto que le construía una casa, el cual, sabiendo el destino de aquella habitación, puso en ella un cuidado particular. Así es que Matifat, siempre negociante, tomaba precauciones para adquirir las menores cosas, parecía tener sin cesar ante él la cifra de los gastos, y miraba aquellas magnificencias como joyas sacadas imprudentemente de un estuche.

—He aquí lo que me verá obligado á hacer por Florentina.—Tal era el pensamiento que se leía en los ojos del padre Cardot.

Luciano comprendió en seguida por qué el estado de la habitación en que vivía Lousteau no inquietaba lo más mínimo al periodista amado. Rey secreto de aquellas fiestas, Esteban gozaba de todas aquellas cosas hermosas. Por eso tomaba aires de señor de la casa, ante la chimenea, hablando con el director, que felicitaba á Du Bruel.

—¡La copia! ¡la copia!—gritó Finot entrando.—No hay nada para el periódico. Los cajistas tienen mi artículo, y pronto lo habrán concluido.

—Acabamos de llegar—dijo Esteban.—Encontraremos mesa y fuego en el gabinete de Florina. Si el señor Matifat quiere prepararnos papel y tinta, redactaremos el periódico mientras Florina y Coralia se visten.

Cardot, Camusot y Matifat desaparecieron apresuradamente para buscar plumas, mangos y todo lo que necesitaban los dos escritores. En aquel momento, se precipitó en el salón Tulia, una de las bailarinas más hermosas de aquel tiempo.

—Querido—le dijo á Finot,—te conceden las cien suscripciones, no costarán nada á la Dirección, ya están colocadas, impuestas al coro, á la orquesta y al cuerpo de baile. Tu periódico es tan interesante, que nadie se quejará. Tendrás los palcos. En fin, aquí tienes el precio del primer trimestre—dijo presentándole dos billetes de banco.—Ahora, ¡no me molestes más!

—Estoy perdido—exclamó Finot.—Ya no tengo artículo de fondo para mi periódico, pues es preciso suprimir mi infame diatriba.

—¡Qué movimiento tan hermoso, mi divina Lais!—exclamó Bondet, que seguía á la bailarina con Nathán, Vernou y Claudio Vignón, conducidos por él.—Te quedarás á cenar con nosotros, amor mío, ó te aplasto como una mariposa que eres. En tu calidad de bailarina, no provocarás aquí ninguna rivalidad de talento. Respecto á la belleza, todas vosotras sois demasiado inteligentes para mostrarnos celosas en público.

—¡Dios mío! amigos míos, Du Bruel, Nathán, Blondet, ¡salvadme!—exclamó Finot.—Necesito cinco columnas.

—Yo llenaré dos con la obra—dijo Luciano.

—Mi artículo llenará una—dijo Lousteau.

—Pues bien, Nathán, Vernou, Du Bruel, llenadme de chascarrillos las que quedan. El bravo Blondet se dignará llenar las dos columnitas de la primera plana. Corro á la imprenta. Afortunadamente, Tulia, has venido con el coche.

—Sí, pero el duque lo ocupa con un ministro alemán—dijo ella.

—Invitemos al duque y al ministro—dijo Nathán.

—Un alemán, me gusta, porque los alemanes beben bien y escuchan; le diremos á éste cosas tan atrevidas, que las escribirá á su corte—dijo Blondet.

—¿Quién, de todos vosotros, es el más serio para bajar á hablarle?—dijo Finot.—Vamos, Du Bruel, tú que eres un burócrata, tráenos al duque de Rhetoré y al ministro, y da el brazo á Tulia. ¡Dios mío! ¡qué hermosa está Tulia esta noche!...

—¡Seremos trece!—dijo Matifat palideciendo.

—No, catorce—exclamó Florentina entrando,—quiero vigilar á milord Cardot (*maye laurde Guerdôte*).

—Además—dijo Lousteau,—Blondet viene acompañado de Claudio Vignón.

—Lo he traído para beber—dijo Blondet cogiendo un tintero.—¡Oíd, vosotros! es menester que os mostréis ingeniosos por las cincuenta y seis botellas de vino que beberemos—dijo á Nathán y á Vernou.—Sobre todo, estimulad á Du Bruel, que es un vaudevillista capaz de hacer algunas salidas de tono, ponedle á parir.

Animado por el deseo de hacer sus pruebas ante unos personajes tan notables, Luciano escribió su primer artículo en la mesa redonda del gabinete de Florina y á la luz de unas bujías color de rosa alumbradas por Matifat.

#### «PANORAMA DRAMÁTICO

»*Primera representación de EL ALCALDE APURADO, enredo en tres actos.—Debut de la señorita Florina.—La señorita Coralía.—Bouffé.*

»Se entra, se sale, se habla, se pasea, se busca algo y no se encuentra nada, todo es rumor. El alcalde ha perdido á su hija y encuentra su gorra; pero la gorra no le va bien, debe ser la de un ladrón. ¿Dónde está el ladrón? Se entra, se sale, se habla, se pasea, se busca cada vez más. El alcalde acaba por encontrar un hombre sin su hija, y su hija sin un hombre, lo cual es satisfactorio para el magistrado, pero no para el público. La calma renace, el alcalde quiere interrogar al hombre. Este viejo alcalde se sienta en un gran sillón de alcalde, arreglándose sus mangas de alcalde. España es el único país donde hay alcaldes adheridos á grandes mangas, donde se ve en torno del cuello de los alcaldes esas gorrueras que, en los teatros de París, son la mitad de la función. Este alcalde, que ha trojado tanto con su pasito de anciano asmático, es Bouffé, Bouffé el sucesor de Potier, un joven actor que representa tan bien los ancianos, que ha hecho reír á los más ancianos. Hay cien ancianos reunidos en aquella frente calva, en aquella voz cascada, en aquellos huesos temblones en un cuerpo de Geronte. Es tan viejo este joven actor, que asusta, se teme que su vejez se comuniquen

como una enfermedad contagiosa. ¡Y qué alcalde tan admirable! ¡Qué encantadora sonrisa inquieta! ¡cuánta tontería bajo su aire importante! ¡qué dignidad estúpida! ¡qué vacilación judicial! ¡Qué bien sabe este hombre que todo puede tornarse alternativamente falso y verdadero! ¡Qué orgulloso está de ser ministro de un rey constitucional! A cada pregunta del alcalde, el desconocido le interroga; Bouffé contesta, de modo que, interrogado por la respuesta, el alcalde lo aclara todo con sus actos. Esta escena eminentemente cómica, en la que se ve algo de Moliere, causa hilaridad á la sala. Todo el mundo se ha portado bien en la escena; la hija del alcalde estaba representada por una verdadera andaluza, una española de ojos españoles, de tez española, una española de pies á cabeza, con un puñal en la liga, su amor en el corazón, su cruz al extremo de una cinta que llevaba al cuello. Al terminar el acto, uno me ha preguntado cómo iba la obra, y yo le he dicho: «Lleva medias encarnadas, un pie así de diminuto, en unos zapatos de charol, y la más hermosa pierna de Andalucía». ¡Ah! esa hija de alcalde hace acudir el amor á la boca, os produce unos deseos horribles, siente un ganas de saltar á la escena y ofrecerle su cabaña y su corazón, ó treinta mil libras de renta y su pluma. Esa andaluza es la actriz más hermosa de París. Coralía, ya que es preciso llamarla por su nombre, es capaz de ser condesa ó modistilla. No se sabe cómo gustaría más. Será lo que ella quiera, ha nacido para serlo todo; ¿no es esto lo mejor que puede decirse de una actriz de bulevar?

»En el segundo acto aparece una española de París, con su rostro de camafeo y sus ojos asesinos. He preguntado á mi vez de dónde salía, y me han contestado que salía de bastidores y que se llamaba Florina; pero juro que no he creído nada, tanto fuego había en sus movimientos, tanto furor en su amor. Esta rival de la hija del alcalde es la mujer de un hidalgo al estilo de Almaviva, del que se pueden sacar aún grandes hidalgos de bulevar. Si Florina no tenía medias encarnadas, ni zapatos de charol, llevaba en cambio una mantilla, un velo del que se servía admirablemente, tan gran señora es. Ha hecho ver admirablemente que la tigre puede convertirse en gata. He comprendido que había algún drama de celos por las palabras picantes que se han dicho aquellas dos españolas. Después, cuando todo iba á arreglarse, la estupidez del alcalde ha vuelto á enredarlo todo.

Todo aquel mundo de candelabros, de ricos, de criados, de Figaros, de hidalgos, de alcaldes, de hijos y de mujeres, se ha puesto á buscar, á ir y venir, á dar vueltas. La intriga ha aumentado entonces y yo la he dejado crecer, pues aquellas dos mujeres, Florina la celosa y Coralía la feliz, me han enredado de nuevo en los pliegues de su falda y de su mantilla, y me han metido sus piecitos en los ojos.

»He podido llegar al tercer acto sin haber hecho ninguna desgracia, sin haber necesitado la intervención del delegado de policía ni escandalizado á la sala, y desde entonces creo en el poder de la moral pública y religiosa, de la que se ocupa tanto la Cámara de diputados, que diríase que ya no hay moral en Francia. He podido comprender que se trataba de un hombre que ama á dos mujeres sin ser amado de ellas, ó que es amado sin amarlas, que no ama á los alcaldes ó que los alcaldes no aman; pero que, seguramente, es un bravo hidalgo que ama á alguien, á él mismo ó á Dios, lo mismo da, porque se hace monje. Si queréis saber más, corred al Panorama Dramático. Ya estáis suficientemente prevenidos de que es preciso ir allí una vez para acostumbrarse á esas triunfantes medias encarnadas, á ese piecito lleno de promesas, á esos ojos que despiden un rayo de sol, á esas astucias de mujer parisiense disfrazada de andaluza, y de andaluza disfrazada de parisiense; y después otra vez para gozar de la obra, que hace morir de risa en forma de anciano y llorar en forma de hidalgo enamorado. La obra ha vencido en sus dos aspectos. El autor, que, según decía, tiene por colaborador á uno de nuestros grandes poetas, salió á escena acompañado de las dos enamoradas, y por poco el teatro se viene abajo con los aplausos de toda la sala. Las piernas de aquellas dos muchachas parecían tener más talento que el autor. No obstante, cuando salían de escena las dos rivales, encontrábase el diálogo ingenioso, lo cual prueba bastante victoriosamente la excelencia de la obra. El autor ha sido llamado en medio de tales aplausos, que han inquietado al arquitecto del teatro; pero el autor, acostumbrado á los movimientos del Vesubio embriagado que bulle bajo las arañas, no temblaba: es el señor de Cursy. Respecto á las dos actrices, han bailado el famoso bolero de Sevilla, que ha encontrado indulgencia antaño en los padres del concilio y que la censura ha permitido, á pesar de la peligrosa lascivia de las posturas. Ese bolero basta para atraer á todos

los ancianos que no saben qué hacer de su resto de amor, y tengo la caridad de advertirles que limpien bien el cristal de sus gemelos.»

Mientras Luciano escribía esta página, que hizo una revolución en el periodismo por la revelación de una forma nueva y original, Lousteau escribía un artículo, llamado de costumbres, titulado *El ex bello*, y que comenzaba así:

«El hermoso del Imperio es siempre un hombre largo y delgado, bien conservado, que lleva justillo y que tiene la cruz de la Legión de honor. Se llama algo así como Potelet, y, para poder introducirse en la corte, el barón del Imperio se ha añadido un *del*: es del Potelet, sin perjuicio de convertirse en Potelet en caso de revolución. Por otra parte, hombre con dos fines, como su nombre, hace la corte en el arrabal Saint-Germain después de haber sido el glorioso, el útil y el agradable lacayo de una hermana del hombre que el pudor me impide nombrar. Si del Potelet reniega de su servicio cerca de la alteza imperial, canta aún los romances de su bienhechora íntima... »

El artículo era un tejido de personalidades bastante estúpidas, como se hacía en aquella época, pues aquel género fué muy perfeccionado después, especialmente por Figaro. Lousteau imaginaba entre la señora de Bargetón, á la que hacía el amor el barón Chatelet, y un hueso de jibia, un paralelo bufón que gustaba sin que fuera necesario conocer á las dos personas de las que se burlaba. Los amores de aquel hurón, que no podía tragar jibia porque se rompía en pedazos cuando la dejaba caer, provocaban irresistiblemente la risa. Aquella broma, que se dividió en varios artículos, tuvo, como se sabe, una resonancia enorme en el arrabal Saint-Germain, y fué una de las mil causas de los rigores puestos á la legislación de la prensa. Una hora después, Blondet, Lousteau y Luciano volvieron al salón donde charlaban los convidados, el duque, el ministro y las cuatro mujeres, los tres negociantes, el director del teatro, Finot y los tres autores. Un aprendiz con gorra de papel estaba allí esperando la copia para el periódico.

—Los cajistas van á marcharse si no les llevo nada— dijo.

—Toma, aquí tienes diez francos, y que esperen—respondió Finot.

—Si se los doy, señor, se emborracharán, y adiós periódico.

—El buen sentido de este muchacho me asusta—dijo Finot.

En el momento en que el ministro predecía un brillante porvenir á aquel muchacho, los tres autores entraron. Blondet leyó un artículo excesivamente ingenioso contra los románticos. El artículo de Lousteau hizo reír. El duque de Rhetoré recomendó, para no indisponer demasiado al arrabal Saint-Germain, que deslizasen en él un elogio para la señora de Espard.

—¿Y usted? léanos usted lo que ha hecho—dijo Finot á Luciano.

Cuando Luciano, que temblaba de miedo, hubo acabado, el salón retumbó de aplausos, las actrices abrazaban al neófito, y los tres negociantes le estrechaban hasta aplastarle. Du Bruel le cogió una mano, tenía una lágrima en un ojo; y, finalmente, el director le invitó á comer.

—Ya no hay niños—dijo Blondet.—Como el señor de Chateaubriand ha hecho la frase de *niño sublime* para Victor Hugo, me veo obligado á decirle á usted simplemente que es un hombre de talento, de corazón y de estilo.

—El señor es del periódico—dijo Finot dándole las gracias á Esteban y dirigiéndole la astuta mirada del explotador.

—¿Qué frases han hecho ustedes?—dijo Lousteau á Blondet y á Du Bruel.

—He aquí las de Du Bruel—dijo Nathán.

\* \* \* *Al ver lo mucho que se ocupa el público del señor vizconde de A..., el señor vizconde de Demóstenes dijo ayer:*

—*Tal vez así me dejarán tranquilo.*

\* \* \* *Una señora dice á un ultra que criticaba el discurso del señor Pasquier como continuador del sistema de Decazes:*

—*Si, pero tiene unas pantorrillas muy monárquicas.*

—Si eso empieza así, no quiero saber más; todo va bien—dijo Finot.—Corre á llevarles esto—dijo al aprendiz.—El periódico está bastante acreditado; pero este será nuestro

mejor número—dijo volviéndose hacia el grupo de escritores que miraban ya á Luciano con alguna socarronería.

—Tiene talento este muchacho—dijo Blondet.

—Su artículo está bien—dijo Claudio Vignón.

—¡A la mesa!—gritó Matifat.

El duque dió el brazo á Florina, Coralia se cogió del de Luciano, y la bailarina llevaba á un lado al inglés y al otro al ministro alemán.

—No comprendo por qué ataca usted á la señora de Bargetón y al barón Chatelet, que, según dicen, ha sido nombrado prefecto de la Charente y maestro de ceremonias.

—La señora de Bargetón puso á Luciano á la puerta como un perro—dijo Lousteau.

—¡Un joven tan hermoso!—dijo el ministro.

La cena, servida en una vajilla de plata nueva, porcelana de Sevres y en mantelería damascada, era de una magnificencia excesiva. Chevet había servido la cena, y los vinos habían sido escogidos por el negociante más famoso del muelle de San Bernardo, amigo de Matifat, de Camusot y de Cardot. Luciano, que vió funcionar por primera vez el lujo parisiense, caminaba de sorpresa en sorpresa, y ocultaba su asombro como hombre de talento, de corazón y de estilo que era, según la frase de Blondet.

Al atravesar el salón, Coralia le había dicho al oído á Florina:

—Emborracha de tal modo á Camusot, que se vea obligado á quedarse á dormir en tu casa.

—¿Ya has hecho á tu periodista?—respondió Florina empleando una palabra del lenguaje particular de aquellas muchachas.

—¡No, querida mía, le amo!—replicó Coralia encogiéndose admirablemente de hombros.

Aquellas palabras habían resonado en el oído de Luciano llevadas por el quinto pecado capital. Coralia iba admirablemente vestida, y su tocado hacía resaltar sabiamente sus bellezas particulares, pues toda mujer tiene perfecciones que le son propias. Su vestido, así como el de Florina, tenía el mérito de ser de una deliciosa tela inédita llamada *muse-lina de seda*, cuyas primicias pertenecían por unos días á Camusot, una de las providencias parisienses de las fábricas de Lyon, en su calidad de dueño del Capullo de Oro. De este modo, el amor y el tocado, ese fingimiento y ese per-

fume de la mujer, realizaban las seducciones de la feliz Coralia. Un placer esperado, y que no se puede escapar, ejerce seducciones inmensas en las jóvenes. ¿Es acaso á sus ojos la certeza, todo el atractivo de los malos lugares, ó acaso el secreto de las largas fidelidades? El amor puro y sincero, el primer amor, en fin, unido á una de esas rabias fantásticas que pican á esas pobres criaturas, y también la admiración causada por la belleza de Luciano, dieron ánimo á Coralia.

—¡Te amaría enfermo y feo!—le dijo á Luciano al oído al sentarse á la mesa.

¡Qué frase para un poeta! Camusot desapareció, y Luciano no volvió á verle ya al mirar á Coralia. ¿Acaso podía retirarse de aquel festín un hombre todo goce y sensación, aburrido de la monotonía de la vida de provincia, atraído por los abismos de París, agobiado por la miseria, espoleado por su continencia forzosa y cansado de su vida monacal de la calle de Cluny y de sus trabajos sin resultado? Luciano tenía un pie en la cama de Coralia y el otro en la redacción del periódico, tras el que había corrido sin poder alcanzarlo. Después de tantos plantones hechos en balde en la calle del Sendero, encontraba el periódico comiendo, bebiendo, alegre, buen muchacho. Acababa de ser vengado de todos sus dolores con un artículo que al día siguiente debía destrozardos corazones en los que había querido, pero en vano, derramar la rabia y el dolor que él había experimentado. Al mirar á Lousteau, se decía: «¡Ese es un amigo!» sin sospechar que ya le tenía Lousteau como un rival peligroso. Luciano había cometido la torpeza de mostrar todo su talento: un artículo mediano le hubiera servido admirablemente. Blondet equilibró la envidia que devoraba á Lousteau, diciendo á Finot que era preciso capitular con el talento cuando era de una fuerza semejante. Esta sentencia dictó la conducta de Lousteau, que resolvió seguir siendo amigo de Luciano y entenderse con Finot para explotar á un recién llegado tan peligroso, manteniéndole en la necesidad. Esta resolución fué tomada rápidamente y comprendida en toda su extensión por aquellos dos hombres con dos frases dichas de oído á oído: —Tiene talento.—Será exigente. —¡Oh!—¡Buena!

—Nunca como sin miedo con periodistas franceses—dijo el diplomático alemán con una bondad tranquila y digna, mirando á Blondet, á quien había visto en casa de la con-

desa de Montcornet.—Hay una frase de Blucher que ustedes están encargados de realizar.

—¿Qué frase?—dijo Nathán.

—Cuando Blucher llegó con Saacken á las alturas de Montmartre, en 1814, dispénsenme, señores, que les recuerde ese día fatal para ustedes, Saacken, que era muy brutal, dijo: «¡Vamos á quemar París!» Blucher replicó, señalando la gran llaga que veían extendida á sus pies, ardiente y humeante, en el valle del Sena: «¡Francia no morirá más que de eso!» Yo bendigo á Dios porque no hay periódicos en nuestro país—continuó el ministro después de una pausa.—Aun no me he repuesto del miedo que me ha causado ese muchachito que llevaba un sombrero de papel en la cabeza, y que á los diez años posee el juicio de un viejo diplomático. Por eso esta noche me parece que como con leones y panteras que me hacen el honor de ocultar sus garras.

—Es claro—dijo Blondet—que podemos decir y demostrar á Europa que Su Excelencia ha vomitado una serpiente esta noche que ha estado á punto de picar á la señorita Tulia, la más bonita de nuestras bailarinas, y con este motivo hacer comentarios sobre Eva, la Biblia y el primero y el último pecado. Pero, tranquilícese, es usted nuestro huésped.

—Sería chocante eso—dijo Finot.

—Haríamos imprimir disertaciones científicas acerca de todas las serpientes encontradas en el corazón y en el cuerpo humano para llegar al cuerpo diplomático—dijo Lousteau.

—Podríamos enseñar una serpiente cualquiera dentro de un tarro de cerezas en aguardiente—dijo Vernou.

—Acabaría usted mismo por creerlo—dijo Vignón al diplomático.

—Señores, no saquen ustedes las garras—dijo el duque de Rhetoré.

—La influencia y el poder del periódico no está aún más que en su aurora—dijo Finot;—el periodismo está en la infancia, crecerá. Dentro de diez años todo estará sometido á la publicidad. El pensamiento lo iluminará todo, lo...

—Lo ajará todo—dijo Blondet interrumpiendo á Finot.

—Es una frase—dijo Claudio Vignón.

—Hará reyes—dijo Lousteau.

—Derribará monarquías—dijo el diplomático.

—Por eso—dijo Blondet,—si la prensa no existiera sería preciso inventarla; pero existe, nosotros vivimos de ella.

—Les matará á ustedes—dijo el diplomático.—¿No ven ustedes que la superioridad de las masas, suponiendo que ustedes las illustren, hará más difícil la grandeza del individuo; que sembrando juicio en el corazón de las clases bajas recogerán revoluciones, y que ustedes serán las primeras víctimas? ¿Qué es lo que se rompe en París cuando hay un motín?

—Los faroles—dijo Nathán;—pero nosotros somos demasiado modestos para tener temores, nosotros no seremos más que rajados...

—Son ustedes un pueblo demasiado inteligente para permitir á ningún gobierno que se desarrolle—dijo el ministro.—A no ser por esto, volverían á emprender con sus plumas la conquista de Europa, que sus espadas no han podido conservar.

—Los periódicos son un mal—dijo Claudio Vignón.—Podría utilizarse ese mal, pero el gobierno prefiere combatirlo. Se entablará una lucha. ¿Quién sucumbirá? este es el problema.

—El gobierno—dijo Blondet,—no me canso de decirlo. En Francia el ingenio puede más que todo, y los periódicos tienen, además del ingenio de todos los hombres de talento, la hipocresía de Tartufo.

—Blondet, Blondet—dijo Finot,—hablas más de lo que debes: hay suscriptores aquí.

—Tú, como eres propietario de uno de esos depósitos de veneno, debes tener miedo; pero yo me burlo de todas vuestras tiendas, aunque viva de ellas.

—Blondet tiene razón—dijo Claudio Vignón.—En lugar de ser un sacerdocio, el periódico es un medio para los partidos; el medio se ha convertido en comercio, y, como todos los comercios, no tiene fe ni ley. Como dice Blondet, todo periódico es una tienda en la que se venden al público palabras del color que más le gusta. Si existiese un periódico de los jorobados, demostraría en todo tiempo la belleza, la bondad y la necesidad de las jorobas. Un periódico ya no se hace para ilustrar, sino para halagar las opiniones. De este modo, todos los periódicos serán, en un tiempo dado, cobardes, hipócritas, infames, embusteros, asesinos; matarán las ideas, los sistemas y los hombres,

y florecerán por esto mismo. Tendrán los beneficios de todos los hombres sensatos: el mal se hará sin que nadie sea culpable. Yo seré Vignón, y vosotros, Lousteau, Blondet y Finot, seréis unos Aristides, unos Platones, unos Catones, hombres de Plutarco; como todos seremos inocentes, podremos lavarnos las manos de toda infamia. Napoleón ha dado la razón de ese fenómeno moral ó inmoral, como gustéis, con una frase sublime que le dictaron sus estudios acerca de la Convención: *Los crímenes colectivos no comprometen á nadie*. El periódico puede permitirse la conducta más atroz, nadie se cree manchado personalmente.

—Pero el poder dictará leyes represivas—dijo Du Bruel,—se prepara á ello.

—¿Bahl! ¿Qué puede la ley contra el ingenio francés, el más sutil de todos los disolventes?—dijo Nathán.

—Las ideas sólo pueden ser neutralizadas por las ideas—continuó Vignón.—El terror, el despotismo, son los únicos que pueden ahogar al genio francés, cuya lengua se presta admirablemente á la alusión, al doble sentido. Cuanto más represiva sea la ley, más se desarrollará el talento, como el vapor en una máquina con válvula. De este modo, el rey hace lo que quiere; si el periódico le ataca, será el ministro quien tendrá la culpa, y recíprocamente. Si el periódico inventa una calumnia infame, dice que se lo han dicho. Y el individuo que se queje de ello saldrá bien librado si consigue la libertad pidiendo perdón. Si es llevado á los tribunales, se queja de que no hayan ido á pedirle una rectificación; pero si se la pedís, se niega riendo y trata su crimen de bagatela. Finalmente, se mofa de su víctima cuando ésta triunfa. Si es castigado, si tiene que pagar una multa algo importante, os señalará al demandante como á un enemigo de las libertades, del país, del progreso. Dirá que el señor tal es un ladrón explicando que es el hombre más honrado del reino. Considerando sus crímenes *bagatelas* y sus agresores *monstruos*, puede en un tiempo dado hacer creer lo que quiera á las personas que lo leen todos los días. Además, nada de lo que le desagrade será patriótico, y nunca tendrá culpa. Se servirá de la religión contra la religión y de la constitución contra el rey; se mofará de la magistratura cuando ésta le estruje, y la alabará cuando sirva á las pasiones populares. Para conseguir suscripciones inventará las fábulas más emocionantes. El periódico sería capaz de